

Discusión general sobre la situación europea

Intervinieron en el coloquio los Excmos. Sres. Areilza y Martínez de Rodas, Garrigues Díaz-Cañabate, García Hoz, Truyol Serra, Alonso Olea, Yela Granizo y Fernández de la Mora (*).

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA DE AREILZA Y MARTÍNEZ DE RODAS:

El tema que se nos presenta es la coincidencia en el tiempo de una porción de acontecimientos que no tenían por qué haber sido simultáneos. Hubo primero un deshielo de la guerra fría que se inició hace tres años y medio, a partir de la cumbre de Islandia en la que por primera vez, Gorbachov, reveló una parte de sus secretos argumentos para jugar a una negociación fundamental con los EE.UU. Ello fue la propuesta de reducir por primera vez en la historia de los últimos cuarenta años, el número de los cohetes estratégicos y en general, de las armas nucleares de cada lado, cosa que no había ocurrido nunca desde el comienzo de la guerra fría. Reagan no estaba preparado para esa propuesta insólita. Por ello suspendió la cumbre y empezó a planear otras reuniones más positivas. El deshielo de la guerra fría ha sido rápido y espectacular. Ha tenido como protagonistas fundamentales, a los EE.UU. de un lado y la Unión Soviética del otro. Hasta el momento se ha entrado ya en una porción de negociaciones concretas y se han ido derrumbando, uno a uno, los sistemas autoritarios del Este. Entonces ha empezado a tomar cuerpo, la idea, de que había que también, invitar a opinar sobre este tema, no solamente a las dos superpotencias que hablaron mano a mano, en varias cumbres y reuniones, y finalmente, en

(*) Sesión del martes 9 de enero de 1990.

Malta, sino que era preciso asimismo que se hallaren presentes en una conversación tan trascendental, los países de la CEE. y los demás miembros de la Alianza Atlántica para ir, más a fondo, en las cuestiones negociadas.

La conferencia de Malta fue importante por lo que se habló en ella y por lo que no se ha dicho. Ha habido en ese diálogo, Bush-Gorbachov una serie de aspectos que no han sido transmitidos a la opinión pública, de una manera total. Subrayaría los siguientes resultados de la conferencia de Malta:

Primero: que Bush ha tomado la palabra en ese diálogo en nombre propio y en nombre de los países de la Alianza Atlántica, que no son exactamente los mismos que los de la CEE. En esa negociación hubo una reafirmación euro-peista, del atlantismo de los EE.UU. Los Estados Unidos no quieren quedar «descolgados» en una etapa, en que puede producirse que la CEE tenga que modificar el ámbito de su contenido actual, ampliando su número, con los que pueden ser futuros socios de esa comunidad. Baker, el secretario de Estado, de una forma más clara que Bush, en una conferencia de prensa en Bonn, declaró «que había que buscar una forma institucional —posiblemente un tratado— para que los EE.UU. estuvieran también integrados institucionalmente, en la CEE». Porque si se producía una modificación o ampliación, o un diálogo colectivo de la CEE, con la Unión Soviética, es preciso que estuviera también presente, a través de la comunidad, la gran potencia que representan los EE.UU. No sólo en lo militar sino en lo económico. Esa declaración fue importantísima, porque ha abierto la posibilidad de que EE.UU. se sienta en la mesa de la Comunidad.

Y en segundo lugar allí se ha discutido, el sacar del armario de los viejos documentos, el marco de la conferencia de Helsinki en la que hubo 35 Estados europeos presentes. Es un terreno que podía servir, para hacer esa negociación, en la cual el problema fundamental, es cual sería el porvenir de las dos alianzas contrapuestas, si se acaba la guerra fría. Esto dicho así, parece vago y poco terminante, pero si no hay en el futuro un antagonismo entre los dos enormes ejércitos desplegados cara a cara desde hace 40 años, en forma hostil, al mismo tiempo que se producían una serie de conflictos entre las dos superpotencias «por naciones interpuestas» en Africa y en Asia» se puede esperar quizás, un clima de cooperación, cooperación política, económica y, eventualmente, militar al mismo tiempo que se produjera una sustancial modificación en el contenido de las alianzas en presencia.

El tercer punto, es la forma en que los norteamericanos se han referido a ella. Han dicho «que habría que disminuir el contenido militar de esas alianzas e incrementar el contenido ideológico de la vigencia de los derechos humanos». Las alianzas pueden, no pasar de golpe, a un segundo plano, pero convertirse, gradualmente en un instrumento de cooperación diplomática, política, económica y militar para que se utilizase en una mutua vigilancia de los despliegues y desarmes convenidos. El cumplimiento estricto de ese «proceso de control mutuo» llevaría inevitablemente consigo, el declinar de las dos Alianzas.

Algún observador norteamericano ha dicho también, claramente, que al fi-

nal, todos los procesos del deshielo del Este, han ido precedidos o han sido simultaneados, por un mensaje directo de una Unión Soviética, o mensajes indirectos de Moscú para que se produjera ese deshielo. Así ha ocurrido en Checoslovaquia, en Polonia, en Hungría, en Bulgaria y probablemente en Rumanía. La Unión Soviética es la que ha empujado más ese proceso de liquidación. La pieza maestra que es la de la Alemania Democrática, ha sido —y es la más difícil de resolver—. En el deslinde actual, las fronteras del Este con Polonia, ceñidas a los ríos Oder y Neisse, parecen inmovibles.

Por otra parte, la Unión Soviética no puede dejar de señalar, que con arreglo al Pacto de Varsovia, tiene establecido en el territorio de la Alemania democrática, un gran campo de despliegue de sus efectivos. Es inverosímil que una nación o un pueblo que tuviera dos Estados diferentes, se hallaran integrados uno en una Alianza y el otro en un Pacto, hostil al anterior. Ese es un punto que está sin resolver. ¿Qué otra cosa pudiera hacerse?. Que las dos estuvieran, sin incluirse, en ninguna alianza y la Alemania, entonces unida, se convirtiera en un Estado neutral?. No lo aceptaría en ningún caso, la Alianza Atlántica ni la propia República Federal.

El Canciller Kohl y el Ministro Genscher han hecho toda clase de equilibrios en la cuerda floja, para decir en un sitio una cosa y en otro sitio, otra. Pero es evidente y verosímil que el pueblo alemán recuperará la unidad política antes de lo que muchos creen. Y que no se encerrará en el «neutralismo», lo cual sería un verdadero riesgo. Alemania ocupará una situación importante en la Europa del mañana, con sus noventa millones de habitantes y el inmenso poderío de su economía. Estoy convencido que la CEE quiere integrar dentro de la Comunidad, no solamente a EE.UU. —con un tratado, probablemente, o con una fórmula parecida— sino también, a ciertos países del Pacto de Varsovia que lo deseen. Y también a otras naciones, como Australia, que es un país neutral, pero que no tiene por qué ser rechazada si lo solicita. Cosa semejante puede ocurrir con algunos países escandinavos o bálticos si lo solicitaran.

Rusia es un inmenso mosaico de ciento cuatro etnias que han sido muchas veces, en la historia, entidades contrapuestas. También existen en la URSS. Varias iglesias y sectas religiosas, hostiles entre sí. No es posible olvidar que Rusia fue la que sacrificó más de veinte millones de combatientes suyos, en vencer a Hitler y sus ejércitos. Y Rusia es además la otra superpotencia nuclear del mundo. Ese patriotismo militar que les impregna por haber sido los vencedores del invasor germanonazi, es algo que hay que tener siempre en cuenta. El factor del nacionalismo ruso será un elemento importante en cualquier hipótesis del futuro europeo.

Excmo. Sr. D. ANTONIO GARRIGUES Y DÍAZ CAÑABATE:

Después de las disertaciones digamos «proféticas» de Fueyo y de Areilza, yo, más que desarrollar el tema quisiera mencionar algo que, por su actualidad, me parece de gran interés. De los textos de Gorbachov yo informé aquí, en estas reuniones, sobre las primeras manifestaciones de la Perestroika, y creo que el seguir el pensamiento de este hombre en el desarrollo de la misma, tiene un enorme interés.

Entre todas las cosas que se han dicho aquí, tan interesantes, hay un tema que a mi me parece excepcional, que es el de la integridad en todo este proceso de la misma Rusia. Esta integridad está en peligro, está amenazada, porque se ha producido por primera vez en el seno de esta gran confederación rusa, independientemente de las liberaciones de los países satélites, un acto de independencia dentro del seno mismo del «cuerpo» ruso; me refiero a Lituania.

Tengo aquí un texto completo sobre las manifestaciones de Gorbachov sobre el tema de la «independencia» de Lituania, empezando por la independencia del Partido Comunista lituano, desgajándose del Partido Comunista ruso. Este texto tiene un enorme interés, pero es muy largo y no puedo hacer de él, aquí y ahora, más que unas breves referencias y aún temo que incluso esas breves menciones puedan ser excesivamente extensas.

Si les parece a Vds., puedo hacer alguna de esas referencias a las palabras de Gorbachov relacionadas con el paso que ha dado ya a la independencia el Partido Comunista lituano; esto puede dar algún anticipo y puede quedar el tema abierto, en su caso, para otra reunión.

He requerido llamar la atención de ustedes sobre este momento en que ese gran cuerpo político —que ha sido y es el imperio ruso— empieza a desintegrarse. En suma, si creen ustedes que el tema puede tener interés, yo me reservaría para esa exposición de las palabras de Gorbachov en el seno del Comité Central del Partido Comunista ruso, sobre la decisión de Lituania de independizarse de Rusia. Lo que sí quiero señalar aquí es la inteligencia, el tacto de Gorbachov ante el Comité Central del Partido, al abordar la necesidad de una renovación profunda, constitucional, de ese gran cuerpo imperial de Rusia, y la necesidad de que se mentenga a toda costa, incluso para la «casa común europea» la unidad de la antigua Rusia y su estabilidad, así como el peligro que para todo este gran proceso que estamos viviendo sería el que Rusia pierda su identidad. El interés lo dejo a la consideración de ustedes.

Para terminar, voy a leer cuatro líneas nada más sobre el tema. En la resolución del 20 Congreso del Partido Comunista de Lituania, sobre la materialización de los Estatutos de dicho Partido, se dice que el 20 Congreso del Partido Comunista de Lituania, como órgano supremo, acordó por mayoría de votos de los Delegados elegidos, la declaración sobre el carácter independiente del Partido Comunista de Lituania como perteneciente a un Estado independiente de Rusia. Sobre esta declaración es sobre la que se pronunció Gorbachov.

Excmo. Sr. D. VÍCTOR GARCÍA HOZ:

Después de dar las gracias a nuestro compañero Jesús Fueyo por su espléndida lección, formularé una pregunta: ¿Qué papel jugará Europa en el futuro del mundo? En la contestación a esta pregunta caben elucubraciones casi hasta el infinito. Aventuro tres hipotéticas respuestas que, a su vez, son otras tantas interrogaciones.

En primer lugar, ¿será Europa el núcleo de un mundo «europeizado»? En la actual situación, Europa, de ser un lugar de confrontación, se ha convertido en un lugar de encuentro relativamente amistoso de las dos potencias, Rusia y EE.UU. Supuestas las raíces europeas tanto de Rusia cuanto de EE.UU., puede ocurrir muy bien que Europa siga dando la savia cultural al nuevo grupo humano que puede nacer de un entendimiento entre los grandes países en los próximos años aludidos. En este caso, sin tener propiamente un poder político claro, la influencia de Europa seguiría siendo algo así como el hogar donde continúe desarrollándose la humanidad.

Si la nueva relación de las hasta ahora dos superpotencias se resuelve en el predominio de una de ellas, no sólo en el orden político y económico, sino también en el ideológico, ¿quedará Europa como un mero apéndice de la única potencia que impondrá su economía y su política y, además, la ideología y el concepto de la vida que en ella predomine?

En tercer lugar, abarcando en nuestra mirada la humanidad entera, podemos preguntarnos si estaremos abocados a un mundo en el cual el factor europeo sea un elemento frente a otros de raíz no europea y que se pongan enfrente de él para intentar o para ofrecer soluciones a la humanidad. Pienso en el mundo oriental, y concretamente de lo que se va a producir en China. Y también en el mundo islámico, que ahora mismo está balcanizado; pero sin duda ninguna tiene un poso cultural y religioso cuya influencia se deja sentir con claridad en el progresivo avance del fundamentalismo. ¿En qué medida estos países, estos mundos, se incorporarán a la construcción de un mundo de paz, de justicia y de libertad? ¿Qué papel tiene reservado Europa en relación con éstos en cierto modo nuevos mundos emergentes?

Excmo. Sr. D. ANTONIO TRUYOL SERRA:

No pude por desgracia asistir a la conferencia de nuestro compañero Fueyo, pero por lo que han dicho hoy él mismo y Areilza quisiera hacer algunas observaciones que me ha sugerido toda esta evolución en la «Europa del Este» que estamos viviendo estos días.

En primer lugar, se han tocado muy certeramente el problema de Austria y el de Suecia. Yo creo que justamente en este momento en que ya se pone en cuestión la razón de ser de los bloques en cuanto tales, aglutinados en la Organización del Tratado del Atlántico Norte y en la del Pacto de Varsovia respectivamente, el problema de la neutralidad austriaca, que era el principal obstáculo que había para el ingreso de Austria en la Comunidad Europea, pierde relevancia, y lo que nos ha dicho Areilza de su conversación con el embajador de Suecia sobre la neutralidad de su país lo corrobora. En este momento ya ha cambiado la cuestión, porque era la Unión Soviética la que ponía un veto a dicho ingreso. Yo creo que este es uno de los problemas que quedan despejados en cuanto al obstáculo para que esos dos países (y tal vez Noruega, aunque su caso sea distinto) se integren en la Comunidad Europea.

En cuanto al impacto histórico de Rusia en Europa, es algo que quizás no valoramos debidamente siempre los occidentales. Independientemente de la evolución rápida de Rusia en el siglo XVIII como nueva gran potencia junto a las ya existentes, no hemos de olvidar que en tres momentos cruciales de la historia de nuestro continente Rusia desempeñó un papel fundamental. En las guerras napoleónicas fue un factor decisivo en la victoria final de las sucesivas coaliciones sobre Napoleón. Tampoco hay que olvidar que en la gran crisis revolucionaria europea de 1848-50 fue Rusia la que, con su intervención militar en apoyo de Austria, restableció el orden en la Europa central, después de que el rey de Prusia se viera obligado a conceder una constitución cuando, en Frankfurt, el Parlamento discutía de la unidad alemana bajo la dirección de Austria o de Prusia, y de que la corte de Viena hubiera tenido que salir de la capital. Rusia envió 100.000 hombres, contribuyó decisivamente a que no se extendiese por toda la Europa central la revolución, que se había iniciado en Sicilia, adquiriendo especial virulencia sucesivamente en Francia, Prusia, Austria y Hungría. Viene luego su papel, involuntariamente engendrador de efectos sin precedentes, en la «gran Guerra» (que hoy llamamos la «primera Guerra mundial»). Rusia, que perdió la guerra contra el Japón, a comienzos del siglo (la primera guerra, por cierto, después de la italo-etíope de 1895-96, en que una potencia europea era vencida en una guerra «clásica» por una potencia no europea), también fue vencida por los Imperios centrales, y la firma de la Paz de Brest-Litowsk (1918), impuesta por Lenin a los suyos después de la toma del poder, sancionó grandes pérdidas territoriales (Polonia, Países bálticos, Ucrania, Georgia, Bielorrusia etc.) y pudo provocar un giro en la situación militar, por cuanto Alemania estuvo a punto de ganar la guerra en el Oeste cuando pudo trasladar

al frente occidental buena parte de sus tropas del frente ruso, siendo los Estados Unidos los que finalmente decidirían la contienda con su participación directa en la guerra. Tampoco cabe infravalorar lo que para Europa y el mundo supuso la implantación de un régimen comunista en Rusia y la constitución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (quedando anuladas por la victoria aliada las disposiciones más gravosas de Brest Litowsk) en 1922.

Escuchando a nuestro querido amigo Garrigues, le invito a que distinga claramente entre Rusia y la Unión Soviética, porque son dos cosas distintas. En la cuestión de las nacionalidades la integridad de Rusia no está en juego; está en peligro la integridad de la Unión Soviética; ahora bien, la Unión Soviética fue definida por el general de Gaulle, en una de esas fórmulas que caracterizaban su léxico, como el último imperio colonial que subsiste. La Unión Soviética es un imperio colonial que no se ha descolonizado, que tiene la ventaja de que entre el núcleo, el centro del poder dominante y los territorios incorporados no hay mar, no hay lo que un prócer inglés, con humor británico, calificó de discontinuidad del agua salada entre los respectivos territorios. Así, cabe añadir, el que Portugal conquiste Ceuta en el siglo XV y Luis XIV ocupe Estrasburgo en el siglo XVII viene a ser lo mismo, pero en un caso hay de por medio agua salada y en el otro, no. La Unión Soviética es un complejo heterogéneo de nacionalidades y étnias sumamente diversificadas, en torno a las de lengua y cultura eslava. Esta heterogeneidad, por su arraigo, ha resistido a la política de «rusificación» cuando se ha intentado, desde los tiempos de los zares. Por ejemplo, ¿qué tienen que ver con la Rusia histórica Tachkent y Samarkanda, centros de civilización musulmana bajo Tamerlán, en el actual Uzbekistán, ocupadas en 1865 y 1868? Su región es hoy soviética como resultado de una conquista, como hemos visto tardía, en una fase de rivalidad con el imperio británico en expansión desde la India, que culminaría con la división de Persia, formalmente independiente, en «zonas de influencia» de Gran Bretaña y Rusia. Recuerdo que en *Ana Karenina* de Tolstoi hay un momento en que se habla de destinar a Vronsky, el amante de Ana, a una de aquellas guarniciones del sureste, de consideración «colonial».

En lo que concierne a Lituania, es preciso tener en cuenta que fue independiente, como también Estonia y Letonia lo fueron, entre las dos guerras mundiales, y los Estados Unidos y algún otro país occidental no han reconocido *de jure* la incorporación a la Unión Soviética de dichas repúblicas. Por otra parte, si la Unión Soviética admite la ilegalidad jurídico-internacional del pacto germano-soviético de 1939 por virtud del cual estos Estados fueron incorporados a la Unión Soviética, la reivindicación de autodeterminación de éstos resulta lógica.

También la Armenia «rusa» (a diferencia de la «turca») y Georgia consiguieron la independencia en 1918, pero ésta sería breve.

Los problemas así planteados no son, pues, de extrañar. Y por otra parte la Unión Soviética, no lo olvidemos, y lo ha señalado siempre con orgullo, proclama en su Constitución el derecho de las repúblicas federadas de separarse libremente de la Unión. Estos problemas no tienen por qué alarmarnos a nosotros. Es

lógico que preocupen a Gorbachov, por sus posibles repercusiones internas. Gorbachov actúa en parte ante la presión de la necesidad, de que hablaba Maquiavelo. Y al respecto, creo que es el momento también de valorar la política de Reagan; pues creo que sin esta política no se hubiese llegado por lo menos tan rápidamente a esta situación. Réagan, con su política de firmeza y al suscitar con la Unión Soviética una competición con implicaciones económicas que ésta no estuvo en condiciones de sostener, ha contribuido no poco a la evolución en curso.

Excmo. Sr. D. MANUEL ALONSO OLEA:

Felicito a nuestro colega Jesús Fueyo en primer lugar, por la elección del tema de su disertación, histórica y actualmente tan importante, y en segundo lugar por la forma como ha diseñado la disertación misma tocando puntos esenciales de la situación actual sobre el tema.

Quizás pudiera comentar mi diálogo con dos llamemoslas anécdotas que corroboran las líneas generales de su exposición.

La primera se refiere a la mujer mayor que pasó a Berlín Occidental, abierto el Muro, con dos hijas o nietas que por primera vez lo veían. Paradas ante una pescadería la mujer iba señalando a las niñas los distintos tipos de pescado, nombrándolos; a la pregunta que se la dirigió sobre la lección práctica, contestó que aquellas, las niñas, los únicos pescados que había conocido y comido eran hasta entonces arenques salados en barril.

Esta anécdota que no necesita comentario, me ha sido narrada por un colega berlines, hace unos días.

La segunda se refiere a las noticias de prensa según las cuales uno de los motivos, o el motivo, de las huelgas recientes en las minas de carbón rusas en Siberia había sido que los mineros carecían de jabón para lavarse al salir de los pozos. Querido Jesús, tu que eres asturiano habrán visto como se sale de las minas y lo que significaría para el minero tener que volver a casa sin lavarse (un testimonio mínimo directo de ello puedo dar en cuanto que bajé a la minas asturianas hace ya mucho tiempo); regresar a casa tras el trabajo en el interior sin poder lavarse no es que sea ya contrario a la dignidad humana, que lo es, sino que es casi contrario a la fisiología humana.

Las consideraciones de por sí graves sobre la escasez de jabón lo son más, me parece, si se nos dice que los domicilios particulares de muchos ciudadanos rusos están llenos de jabón atesorado a falta de otros productos de consumo que comprar.

Con anécdotas de este tipo casi el tema imponente no es que se derrumbe ahora el sistema, sino como ha podido subsistir durante tanto tiempo sin derrumbarse.

Me traslado a otro terreno.

Hace más de doscientos años, en la *Metafísica de las Costumbres* dijo Kant que el derecho a emigrar es el derecho humano fundamental y aun, si se quiere el más fundamental de los derechos fundamentales: «El súbdito tiene derecho a emigrar porque el Estado que le retiene es como si le hiciera propiedad suya», es más o menos, en su literalidad, desde luego en su sentido, como recuerdo el pasaje kantiano.

Cobra actualidad Kant si se contempla, como hemos contemplado estos días, como un sistema político o mejor dicho un conjunto de sistemas políticos se derrumba precisamente porque se concede a los ciudadanos, o estos «se conceden a sí mismos», este derecho fundamental. El preludio del derrumbamiento ha sido la emigración de alguna entidad hacia el Oeste, hacia la Alemania libre en especial.

Lo que dicho sea de paso da la razón a la *Declaración Universal de los Derechos Humanos*, que, como es sabido, reconoce como Derecho fundamental el que toda persona tiene a salir de su país; el «derecho a salir de cualquier país incluso del propio» me parece que es el tenor literal de uno de los artículos de la Declaración. Y a lo que sobre el mismo tema dice el artículo 19 de nuestra Constitución, que garantiza a los españoles el Derecho «a entrar y salir libremente de España», además del de residir y circular con libertad dentro del territorio nacional».

Una última consideración se refiere al papel singular de Gorbachov, del que todos estamos convencidos. La cuestión es si, Gorbachov habiendo faltado, se hubiera producido algo similar. Probablemente lo que está ocurriendo y ya ha ocurrido tenía necesariamente que ocurrir y hasta podíamos imaginarnos que ocurriera, aunque fuera difícil prever cómo ni cuándo exactamente. Lo singular aquí quizás es que Gorbachov no ha sido *un agente* inconsciente sino, según todas las apariencias, completamente consciente, esto es un actor y aún un autor completamente consciente; pero esto es un tema que desborda por completo el sentido de estas reflexiones que, entre otras muchas, me ha merecido la preciosa disertación de nuestro colega Jesús Fueyo, al que de nuevo felicito.

Excmo. Sr. D. MARIANO YELA GRANIZO:

Sólo una breve observación basada en mis contactos con la gente de esos países. Se habla de un cambio acelerado y súbito y eso, en cierto modo es verdad, pero nada más que en cierto modo. En realidad el cambio se ha venido preparando durante mucho tiempo. En el 53 fue la gran revuelta de Alemania Oriental; en el 68, la de Checoslovaquia. Cuando se va por estos países se tiene, primero, la impresión de que su identidad se situaba en Europa y no en la Unión Soviética y de que su sometimiento a ésta se mantenía por la fuerza. Y

segundo, que, sea por lo que sea, no hay ninguna duda de que el inicio de este cambio aparentemente súbito, pero que venía fraguándose desde hace mucho tiempo, es debido a que la Unión Soviética ha permitido que pase. Y eso, en último término lo ha permitido Gorbachov. Era como una botella repleta de gas a alta presión. Sólo la mantenía en aparente calma el tapón. Y el tapón era el ejército soviético. Gorbachov ha quitado el tapón y el gas ha estallado. En el fondo, el hecho fundamental es que casi nadie creía, ni dentro ni fuera de la URSS, en el sistema. El problema, ahora, es con qué sustituirlo. Occidente no puede desentenderse de este problema. Sin su inteligente colaboración será prácticamente imposible transformar la economía dirigida en una economía de mercado que no provoque estragos sociales, ni podrán resolverse de forma constructiva las convulsiones nacionalistas.

Excmo. Sr. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA:

Me limitaré a sólo una frase, porque apenas hay ya tiempo disponible.

No creo que nos encontremos ante una distensión de la guerra fría. Más bien me inclino a creer que la URSS ha perdido la guerra fría como consecuencia de dos hechos decisivos. El primero es que su situación económica no le permite incrementar el porcentaje del producto interior bruto destinado a armamento y, como consecuencia no puede seguir con los Estados Unidos la carrera que estos iniciaron con la Iniciativa de Defensa Estratégica, vulgarmente mal llamada «guerra de las galaxias». El segundo hecho es que la población soviética, al disminuir la coacción policiaca, exige menos miseria y racionamiento lo cual obliga al Gobierno a disminuir los gastos militares.